

**CUENTO N° 260**

**TÍTULO: LOS CUERPOS DÓCILES**

**SEUDÓNIMO: ALONSO CORDOVA**

**AUTOR: DAVID JESÚS AVELLO GAETE**

## LOS CUERPOS DÓCILES

El eje se extiende a lo largo de la Mesa Tres con sus piñones desnudos y aceitosos. Los golpes del martillo caen sin compasión sobre los pernos, las tuercas de los pernos-prisioneros, los pasadores entre los rodamientos. La madrugada húmeda atravesó la ventana cubierta por una cortina. Despertó poco antes de las seis y las nubes se pueden sentir casi. Se rascó la cabeza mientras un bostezo y luego los brazos extendidos al máximo. Pero, en vez de levantarse, permaneció un rato en la cama.

-¿Qué tenís, Pedro?

-Nada, vieja. Nada.

Encendió suavemente la radio: “Quién mira de la calle/ no lo creería jamás/ voy a dormir ahora/ y tú en pie desde las seis./ Tú estás pensando en cambio/ anoche amé a no sé quién...” Hasta que se levantó. Caminó directo al baño y dejó correr durante un rato el agua de la llave. Le duelen los ojos. Se empapa una y otra vez los párpados. El cepillo de dientes en la boca, la espuma, el frote y el refrote. Toda el agua sobre la cara, los ojos levemente cerrados, parte del agua por sus cabellos: “Te veo ya tan poco/ has cambiado por demás/ no eres tú, ya no eres igual./ Papá, dejemos todo, y vámonos./ Papá, dejemos todo, y vámonos...”

Alzó la cortina y observó el horizonte oscuro. Parece que va a llover. La memoria traicionando. El rostro de Regina, sonriéndole siempre. Sonriéndole y luego, casi llorando, casi triste, tristísima. Vamos, no llores, mujer. Su mano entonces se desliza por el vacío hasta caer lentamente, con toda la suavidad que es posible imaginar. Y para peor, hoy es jueves. Y los jueves se realiza, como de costumbre, la Reparación Semanal Programada.

Entonces, hay que actuar con rapidez, sin resistencias y, por ejemplo, tratar de no llegar atrasado porque los capataces se vuelven repentinamente exigentes.

-Chao, vieja.

Y el cuerpo se dobla hasta alcanzar el rostro de ella, la boca, la mano suave luego, por la mejilla. La llave en la puerta y el bus de la Empresa que se desliza lento, deteniéndose en cada paradero, recogiendo trasnochados trabajadores. Algunos, locuaces, hablan de cualquier acontecer, a veces sin importancia. Otros, cargados de mal humor, masticando en silencio una extraña amargura. En general, el cansancio se asoma por la mayoría de los rostros, por las manos, las piernas, los pantalones y los zapatos sin lustrar. La camisa a veces saliendo arrugada, el vestón o la casaca a medio poner. Los pantalones manchados de orín, gastados en los extremos inferiores. Y entonces, cierra los ojos y finge dormir. Piensa en Regina.

El pañolero no está de muy buen humor hoy día. Y es natural, porque el día jueves siempre se presenta agresivo, recargado de trabajo y de mucha responsabilidad para un solo hombre. Es un problema cuidar herramientas de tanto valor. El cielo está nublado, pero eso ya es común en estos tiempos. Los gueros atienden, tratan de atender de la mejor manera posible. Llevan las herramientas a los sitios estratégicos de la sección. Y es que todo se ha vuelto un hervidero. Todos se apuran. Sin embargo, no creo que llueva. El casco blanco de plástico endurecido, los lentes, los protectores en los oídos, la llave de impacto retumbando dolorosa y potente por el aire. Las mesas calientes, los rodillos hirviendo, los zapatos chirriando sobre ellas, la transpiración que molesta y empapa desde adentro hacia fuera, que cubre la vista y no deja ver. La grasa negra, el aceite pegajoso y largo, los guantes inservibles casi.

-No hay huaípe.

-¿Cómo que no hay huaípe, mierda?

El pañolero se encoge de hombros.

-¿Le dijiste al hueveta?

-Lo sabe.

-Por la puta madre. Algún día...

-¿Qué?

-Algún día...

Y los movimientos bruscos de cabeza, enseguida y de nuevo la Mesa Tres, la Mesa Tres, con sus pernos-prisioneros y sus ejes y rodillos. Le hace una seña el capataz. Se acerca.

-Hay que cambiar el octavo rodillo.

Un lugar tranquilo frente al mar. Ojalá que haya un buen almuerzo. Un lugar tranquilo frente al mar, un lugar tranquilo frente al mar. Hay que sacarse los guantes y meter las manos al aceite. Hay que vaciar la mesa. Y el casco que resbala por entre los rodillos y va a parar al fondo, a la canaleta ésa, donde el agua se lo lleva con rapidez, corriente abajo, hasta el pozo y allí, desaparece rápido y aplastado por toneladas de laminilla, que es polvo de acero empapado en agua y todos esos trozos de arrabio solidificado.

-Oye, Juan, parece que ayer me dio el arco. Es que estuve soldando esas mierdas de cañerías, ¿te acuerdas? Y, es posible que, ahí...

La ducha fresca, revitaliza, da fuerzas a este cansado cuerpo, a este cincuentenario cuerpo. El agua ingresa por todos los recodos agotados de esa piel, purificándola.

El médico se demora.

Necesito la libertad provisional. Necesito el resto del día, necesito salir de aquí. Necesito la libertad provisiona. Necesito el...

-Don Pedro, tiene el resto de la jornada. Usted, no puede trabajar así, con esos ojos en esas condiciones... Por supuesto, va a tener que...

Gracias a Dios. La libertad provisional se llama Concepción y hacia allá camina. Un lugar tranquilo es lo que necesito. Pensó en Regina. Cerró los ojos y pensó en Regina mientras el bus se pasea por las calles típicas de Hualpencillo, las de la Emergencia y luego, las

calles más burguesas y más allá después, las calles absolutamente desamparadas de Medio Camino. Y así cruzó por tantas otras poblaciones con tantos nombres nuevos y extraños para él. Después, llegó Lorenzo Arenas, el puente de ingreso al Cementerio de Concepción, el paso ferroviario, la calle Prat, la estación de ferrocarriles, el parque Ecuador.

Ya junto a ella no sabe qué decir. No sabe preguntar, no sabe cómo llegar hasta más allá de esa cercanía de los cuerpos. Sabiendo que solo una cosa le interesa, aún sabiendo que es improbable que resulte pero que valdría la pena intentar. Ella que se mueve, que se acomoda –siempre esperando que él-; y él, que transpira mirándola a los ojos, descendiendo, queriendo descender más todavía. Ay, mi Dios, qué hago para llamar su atención, para que se fije más en mí. La angustia ésa, que está metida en su vida: la infelicidad, la locura, la pena gris, el dolor de estómago. Estoy seguro de que si la llego a tocar, le muerdo los labios y dejo que mi boca descienda hasta tocar sus pechos y también, estoy seguro que se los muerdo. Enseguida, entreabrirla sus labios con un beso dulce y enterraría mis dedos entre sus cabellos. Y ella, que sonrío la muy putona, que enseña su lengua fresca y provocadora, los ojos, la falda mínima que se levanta y esas líneas, mi Dios, esas jugosas líneas que, comprende, jamás le pertenecerían.

Cada vez que se camina por una calle desconocida, cambia el hombre y su circunstancia. El dolor se transforma en embrionarias imágenes y se corre el riesgo de descubrir de nuevo la Ley de Gravedad, de conocer personalmente a Newton, de ser anunciado por alguna revista famosa o bien, de irse a la mismísima mierda. Pero también está la posibilidad de mirar el futuro con los ojos nuevos que da la emoción de cada paso por ese lugar distinto. Una estrella roja cruza su frente, su pensamiento, su corazón. Como si casualmente, como si sus manos hubiesen rozado otras manos. Como si un dolor que intenta desterrar pero que es incapaz de alejarlo, como si un sonido nuevo de guitarras mientras alguien barre

algún pasillo o le riega agua fresca a las platas de algún macetero. Como si la voz de Regina, retumbando dulce en su oído y luego, como una carcajada que se burla de su cansancio, de su soledad. Piensa que es una mujer salida de Monet o Renoir. Que es una mariposa. Que es un desvarío de Rimbaud. Que es un brote nocturno, maravilloso e inalcanzable. Piensa incluso en una locura de Chagall. Y no logra entender. Y piensa que esto está más allá de su comprensión. Entonces...

Apenas un par de horas después agarró la calle del parque, tratando de evitar que el alma se le fuese a escapar, tratando de evitar ahora que las lágrimas que poco a poco. De allí, tomó la calle común de siempre y caminó como el idiota que siempre ha sido. Con los ojos cerrados. Sabiendo que cada centímetro le iba alejando más y más de aquello que tanto soñó, que tanto deseó tener –pero que ya es tarde. Es demasiado tarde-. Y es por todos esos años de frustraciones, viviendo limitado por la hipocresía y la violencia, domesticado siempre que, está seguro, se ha ganado al menos el derecho a llorar, a romper el denso cortinaje de esta atmósfera que le oprime tanto, a romper el inmenso dolor de esta derrota que ahora presiente eterna. Y así, ya con los ojos que se le van poniendo rojos de tanto llorar y el corazón hecho una mierda, le vienen unas ganas de correr como un adolescente y lo hace, pero es apenas por un par de pasos. Es que además le vienen unas ganas tremendas de gritar pero, inexplicablemente, el grito se le va quedando atascado en la garganta. E inexplicablemente también, se mete las manos en los bolsillos mientras le vienen unas ganas de patear tarros y piedras, mientras una extraña tentación de risa que no puede sujetar y entonces, cree que es porque el alma entera se le está escapando, y es porque en realidad no sabe ya cómo detener todo ese conjunto de sensaciones tan desoladoras porque ahí mismo, le vienen también unos deseos gigantescos de orinar sabiendo que sólo así, va a terminar de una vez por todas, completamente seco. Pero, nada de aquello logra realizar porque un maldito pudor y todo un mierderío que viene de siglos,

ha marcado a fuego su vida. En todo caso y a pesar de todo –piensa-, aquí se está mejor que allá adentro, en la usina, con todos esos látigos feroces dando vueltas.

Lo despertó el frío de la tarde. La humedad, y esa neblina suave sobre el parque: se está haciendo de noche y parece que va a llover, se dijo. Y siguió durmiendo.

Septiembre – 2021